IMPRESIONES Y DESCRIPCIONES DE LAS CIUDADES ESPAÑOLAS EN LAS NOVELAS PICARESCAS DEL SIGLO DE ORO.

Los autores de novelas picarescas del Siglo de Oro como Mateo Alemán, Miguel de Cervantes, Juan de Luna, Francisco López de Úbeda, Alonso J. de Salas Barbadillo, Vicente Espinel, Francisco de Quevedo, Carlos García, Jerónimo de Alcalá Yáñez, Alonso Castillo Solórzano, Luis Vélez de Guevara y el anónimo autor de la *Vida y hechos de Estebanillo González*, vivían en una época centrífuga, en que se iba extendiendo y manifestando, como determinante del carácter político y resultado de circunstancias históricas, una fiebre de inquietud emigratoria y de vagabundaje cosmopolita y aventurero. En esta disposición del ambiente general y de la época, sucedían los viajes y las excursiones a las ciudades españolas por parte de los autores citados.

No es, pues, extraño, que sus novelas, hasta su vida, invadida por este espíritu de aventura, adquieran un *tono* de memorias personales en un marco geográfico, representado por una continua descripción de impresiones y recuerdos urbanos. Diríase que este recurso es, en sentido técnico-novelesco, un medio empleado para lograr ese *escenario* natural en que se mueven los protagonistas de las novelas picarescas. Hecha esta observación pertinente a la función literaria de las ciudades en las novelas picarescas, hay que añadir, además, que las ciudades representan las *estaciones* en que los protagonistas principales paran durante el largo camino de su vida. No obstante esta observación de carácter técnico-novelístico, tendremos que conceder que a pesar del fin propuesto, son pocas las obras de un género literario en prosa del Siglo de Oro que realmente traten de captar el sentido pintoresco de las ciudades españolas, como en general de las europeas, por medio de cuadros estáticos, es decir, por la visión del ambiente ciudadano contemporáneo.

Pues quien haya ojeado las páginas de las novelas picarescas se ha-

brá persuadido que los escritores de este género literario no sólo apuntan impresiones y descripciones geográficas, tópico de la épica (1), sino que también sienten la emoción estética que les ofrece la belleza de las regiones en que surgen las ciudades; algo que muchas de ellas tienen en común.

Numerosos son los escritores de las novelas clásicas de la picaresca española de esta época que, sorprendidos por una ciudad nueva, nos dan a saborear el ambiente urbano, poniéndolo en boca de sus personajes con el fin de que éstos nos describan sus más íntimos matices culturales e históricos. Generalmente no es la voz directa de su personaje principal la que nos comunica con viveza y verosimilitud la atmósfera urbana. Esta fraternal violación psicológica entre *creador* y *criatura* tiene rasgos encantadores. Es, más que revelación psicológica, continuación, asimilación y conservación de experiencias personales elaboradas por la importancia cultural que los autores de novelas picarescas atribuyen a las ciudades españolas por medio de sus criaturas novelísticas. Esta técnica es admirable. Por medio de ella se logra presentarnos una visión panorámica de las ciudades españolas del Siglo de Oro y, al mismo tiempo, darnos una nota cultural o histórica de cada una de ellas que les es propia e individual. Mientras estas ciudades son independientes unas de otras, por el marco individual que las caracteriza, la sucesión de estos cuadros estáticos constituyen una unidad y se engarzan con estrechísimo nexo por el trazo sobrio y preciso que las envuelve. No se trata, como pudiera creerse a primera vista, de una serie de homogéneos enfoques urbanos, sino propiamente de visiones multicolores que tienen por tema central —o único si se prefiere— la descripción de las ciudades españolas, a través de sucesivos enfoques heterogéneos y cambios de perspectiva.

En general, puede afirmarse que las descripciones y los elogios de las ciudades en las novelas picarescas, no son en el barroco únicamente un motivo para esmaltar las páginas de las novelas, sino que los autores las utilizan también como soporte intrínseco al hilo narrativo que condiciona la estructura de las obras.

Estas descripciones y elogios de las ciudades españolas que se desprenden casualmente a través de las páginas de las novelas picarescas —con el fin de presentarnos las *estaciones* y los *escenarios* en que se desarro-

(1) Cfr., *El libro de Alexandre*, BAAEE, t. LVII, pág. 221.

llan las aventuras y la vida del pícaro— son muchas. En orden alfabético y cronológico nos las ofrece la novela de Mateo Alemán, el *Guzmán de Alfarache* (1599). En ella, el pícaro Guzmán, después de una vida desarreglada por las ciudades de Italia, vuelve a España. Hallándose en Alcalá de Henares, hace desfilar ante nuestros ojos rápidamente todo el encanto que le produce la visión del paisaje y la importancia cultural de esta ciudad:

> ...cuando me vi en Alcalá de Henares, me detuve ocho días, por parecerme un lugar el más gracioso y apacible de cuantos había visto después que de Italia salí. Si la codicia de la corte me tuviera puestas en los pies alas, bien creo que allí me quedara gozando de aquella fresquísima ribera, de su mucha y buena provisión, de tantos agudísimos ingenios y otros muchos entretenimientos (2). (Parte II. Libro III. Cap. II.)

Así vemos, por ejemplo, que también Vicente Espinel, en su *Vida del escudero Marcos de Obregón* (1618), hace que a Marcos le encante la ciudad de Barcelona. La ciudad marítima del Mediterráneo, en que Marcos es cautivado por la espléndida naturaleza en torno. Subrayando, además, ciertas características de sus habitantes que, efectivamente, son todavía inherentes a los barceloneses. ¡Y cómo parece recordar Marcos todo esto en frases llenas de nostalgia cuando dice!:

> ...ciudad hermosa en tierra y en mar, abundante de mantenimientos y regalos, que con oír hablar en lengua española parecían más suaves y sustanciosos; y aunque los vecinos tienen nombre de ser un poco ásperos, vi que a quien procede bien le son apacibles, liberales, acariciadores de los forasteros. (Libro III. Desc. XI.)

Juicio favorable acerca de la ciudad de Barcelona lo hallamos también en *El donado hablador* (1624) de Jerónimo de Alcalá Yáñez. El autor, por boca del pícaro Alonso, le dedica una visión concreta y específica de la ciudad, comparándola a las ciudades más ilustres y famosas de España. Pero lo que le impresiona a Alonso es el aspecto magnífico e imponente de Barcelona. Su puerto lleno de comercio, sus

(2) Todas las citas que siguen provienen de la antología de Angel Valbuena y Prat, *La novela picaresca española*, Madrid, 1962.

soberbios palacios e iglesias, su lonja de mercaderes. Eso es lo que le absorbe y, a la vez, lo que describe con verdaderas minucias de exactitud topográfica:

> ...llevábame el deseo de ver aquella insigne ciudad de Barcelona, cabeza del reino de Cataluña, insigne y famosa por sus grandes riquezas, de quien por epíteto comúnmente se suele decir Barcelona, la rica, como por otras Valencia la noble, Zaragoza la harta; grandiosa por su iglesia mayor, casas obispales, lonja de mercaderes, playa agradable, cuyas márgenes tocan las orillas del mar combatiendo con su muelle; puerto adonde jamás faltó embarcación para cualquier parte que pretenda una persona embarcarse. (Parte II. Cap. XIII.)

Alonso se siente orgulloso de ser español del imperio, cuya fiereza le sirve aquí para poner de relieve la importancia cultural y el valor comercial que le ofrece la ciudad de Barcelona en un momento específico de su historia marítima.

Alrededor de las descripciones de las ciudades, no faltan tampoco algunos pasajes, de carácter sentimental, que pongan de relieve la belleza de las mujeres de una ciudad o región geográfica de España. Así, por ejemplo, Marcos de Obregón anota que:

> Estando en una iglesia de Bilbao, puso los ojos en mí una vizcaína muy hermosa —que las hay en extremo de lindísimos rostros—. (Libro I. Desc. XXI.)

De todo lo cual podemos extraer preciosas noticias para conocer a las mujeres vizcaínas a *prima facie*, pero pocas para la impresión urbana que produce una visita a Bilbao.

De Córdoba, la ciudad del fulgor andaluz, de las torres exóticas, de la Huerta de los Arcos, del alminar de Abderramán, de su puente árabe sobre el Guadalquivir, nos habla muy profusamente *El donado hablador:*

> Tiene la ciudad de Córdoba, entre otras muchas cosas grandes que tiene, una anchurosa y bien dispuesta plaza, y en medio de ella una admirable fuente, de donde sale un levantado pilar, y en su remate, con un pedestal maravilloso

> de jaspe, un bien labrado potro del grandor de un becerro hasta de seis meses; y como otras ciudades tiene insignes obras, maravillosos edificios, como Segovia su puente, Roma sus agujas, Egipto sus pirámides y Rodas en un tiempo su coloso; así por estar hecho con tanto primor aquel potro, tiene fama por todo el mundo, dejado aparte que por ser tierra tan fértil y adonde se le crían a su majestad los mejores caballos que se traen para su servicio, para decir bien de un potro, decimos el de Córdoba. (Parte I. Cap. V.)

Este deseo de novedad y de variedad, de delectación en la descripción del ambiente urbano y en la naturaleza en torno a las ciudades andaluzas lo hallamos también en *El diablo cojuelo* (1641), de Luis Vélez de Guevara. Aquí es de la ciudad de Écija de la que nos habla el diablillo:

> ...la más fértil población de Andalucía que tiene aquel sol por armas a la entrada de esa hermosa puente, cuyos ojos rasgados lloran a Genil, caudaloso río que tiene su solar en Sierra Nevada, ridaje de cristal, viene a calzar de plata estos hermosos edificios y tanto pueblo de abril a mayo. (Tranco VI.)

Con esta descripción el protagonista crea una imagen en la cual se hace patente la distribución de la luz y del fondo, una perspectiva con tonalidades básicas, que vienen a ser el retrato de la ciudad de Écija, de su suelo, de su cielo, de su pueblo. En un sucesivo enfoque de Écija, cercano al primero, el Diablillo penetra en lo interior de la ciudad. Observa la plaza mayor, de la que no se le escapa detalle:

> ...es la más insigne del Andalucía, y junto a una fuente que tiene en medio de jaspe, con cuatro ninfas gigantas de alabastro derramando lanzas de cristal, etc. (Ibid).

Recorrido a través de una plaza, con enumeración de uno de sus monumentos, sobre el que ahora se proyecta el foco: una fuente; y visión de ella, escrutada con amoroso detalle. Lo que se destaca aquí es la plasticidad. No parece que el protagonista describa, sino que ponga a la vista un cuadro que carece de cierto sentimiento horaciano. Lo que se expresa es un sentimiento arquitectónico que da de pronto cierta rigidez de piedra dura y opaca. Se nota el aislamiento de lo flúido, de lo riente

y fresco del agua que, comúnmente, acompaña la descripción de las fuentes.

Mejores ocasiones de sentimiento horaciano de la naturaleza se nos ofrecen en la novela *La pícara Justina* (1605) (3). En sus páginas se describe la emoción del paisaje, olvidado casi de todos los autores de la picaresca, mas ciertamente no perdido gracias a la sensibilidad finísima del toledano López de Úbeda. En su evocación geográfica de la comarca leonesa la pícara Justina no se abstiene de expresar, en líneas muy líricas, la emotividad del paisaje:

> Dos famosos ríos cercan a León, para que, entre otras coronas que ciñen aquella ilustre cabeza de las Españas, no sea menor una corona de claros y cristalinos ríos, adornados de varios y frondosos árboles pregoneros de una victoriosa e ilustrísima cabeza. (Libro II. Parte III. Cap. I.)

Esta síntesis de elementos poéticos —"cristalinos ríos", "frondosos árboles"— llega a alcanzar notas de verdadero lirismo: las aguas claras de los ríos Torio y Bernesca que cercan la ciudad de León de Norte a Sur, para ir al fin a recogerse en el Duero, los "frondosos árboles" que las adornan en los márgenes, haciendo a lo lejos como una procesión arbórea...

Hasta aquí han cautivado nuestra atención algunas pinceladas geográficas. En sus descripciones del ambiente urbano se perciben algunas observaciones de valor social cuya penetración sorprende, teniendo en cuenta que el *escenario* que nos describen los pícaros era, para ellos, zona de transición y de corta fecha. También es curioso de notar que, a pesar de que la crítica literaria siempre se obstine en ignorar el valor general de las observaciones globales que los pícaros manifiestan sobre las ciudades castellanas, éstos, casi siempre, aprecian plenamente la gran-

(3) La mayoría de los críticos concurren en afirmar que esta novela debió ser escrita alrededor de 1575 a 1580, y dada a la imprenta un par de años después del *Guzmán de Alfarache* (1599). Cfr. Ludwig Pfandl, *Historia de la literatura española en la edad de oro*, Barcelona, 1933, pág. 310.

deza cultural e importancia política de las ciudades en que transitan (4).

En la larga enumeración de ciudades españolas, Madrid es la más frecuentemente mencionada por los personajes de las novelas picarescas (5). Atraídos por el esplendor cortesano y la importancia política y cultural de la capital, multitud de pícaros escogían como escenario natural la Puerta de Guadalajara y la Puerta del Sol (6), entonces foco de mala vida y baluarte del picarismo de la época. Lugares que hicieron inmortales a los pícaros más celebrados de las novelas picarescas. Y no obstante esta observación, hay que añadir que en la impresión global, sacada de las descripciones del ambiente madrileño, no sólo hay ausencia de fealdad, sino que se reproduce con señorío muy español. Valgan como ejemplos las rápidas descripciones de Madrid que nos ofrece Marcos de Obregón. Cada una se nos presenta como una contraposición de vetusta tenacidad al tema hambre-hampa, elemento tradicional de las novelas picarescas:

> ...consideraba que no era cordura salir de Madrid, adonde todo sobra, por ir a una aldea donde todo falta; que en las grandes Repúblicas, el que es conocido, aunque anochezca sin dineros, sabe que el día siguiente no ha de morir de hambre. (Libro I. Desc. VIII.)

---

(4) A veces el recuerdo de una ciudad aparece vinculado a las experiencias personales del creador de la novela o al carácter negativo que por lo general se le atribuye al autor. Así, por ejemplo, Mateo Alemán al hablar de Sevilla, ciudad de su nacimiento, afirma que "...es capa de pecadores, donde todo es necesidad y nadie la tiene" (Parte I. Cap. II). Esta tendencia a lo negativo se observa también cuando el mismo autor se refiere a Malagón. Su impresión de esta antigua ciudad le trae a la lengua el viejo refrán que decía: "En Malagón en cada casa hay un ladrón y en la del alcalde hijo y padre" (Parte I. Libro II. Cap. IX). De todo lo cual se hace eco también en *Marcos de Obregón*, cuando Marcos opina que "Quien dice en Castilla vizcaino, dice hombre sencillo, bien intencionado; pero yo creo que Bilbao, como cabeza de reino y frontera o costa, tiene y cría algunos sujetos vagabundos, que tienen algo de bellaquería de Valladolid y aun de Sevilla" (Libro I. Desc. XXII). Pero estos son casos aislados. Casi siempre las descripciones y las impresiones ciudadanas son de índole hiperbólica y valorizadora.

(5) Véanse las referencias a Madrid en la antología de Angel Valbuena y Prat, *op. cit.*, págs. 127, 130, 131, 133, 150, 259, 299, 400, 507, 617, 618, 620, 630, 678, 833. 893, 898, 910, 912, 917, 942, 1.063, 1.064, 1.076, 1.107, 1.117, 1.121, 1.130, 1.131, 1.133, 1.134 y sgtes., 1.345, 1.369, 1.386, 1.497, 1.508 y sgtes., 1.629 y sgtes., 1.692 y sgtes., 1.739 y sgtes., 1.849 y 2.010.

(6) Cfr. Luis Sánchez, *Epílogo y suma de los discursos que escribió del amparo y reducción de los pobres mendigantes* (Madrid, 1608), citado por Fonger de Haan en su artículo: "Pícaros y ganapanes", en *Homenaje a Menéndez Pelayo* (Madrid, 1899), pág. 174.

Y más adelante, nos dice:

> Nosotros venimos seguros a Madrid sin tropezón ninguno pareciéndome —como sí es verdad— que en ella hay gente que profesa tanta virtud, que quien la imitare hará mucho. (Libro III. Desc. XXV.)

Un elogio parecido que refleja una capacidad de apreciación y una gallarda disposición para gozar todo lo que es sumamente vital y atractivo en el Madrid de la época, lo expresa también Estebanillo González:

> Fuíme con él a Madrid, por la noticia que tenía de ser esta villa madre de todos. Llegué a la que es corte de cortes, leonera de real león de España, academia de la grandeza, congregación de la hermosura y quinta esencia de los ingenios. (Libro I. Cap. IV.)

En la fusión de estas descripciones de Madrid hay un acento muy personal de entusiasmo finamente matizado de orgullo, y sobre todo de satisfacción que trasluce la común opinión que tenían de Madrid los españoles del siglo XVII (7).

De Madrid nos habla también Luis Vélez de Guevara. En el Tranco I de *El diablo cojuelo* el autor nos lleva al Prado y hace que le acompañemos a dar una vuelta por el Manzanares; luego traza un bellísimo cuadro de costumbres, encantador y auténtico, que comparten los madrileños de la Corte y don Cleofás:

> El Prado boqueaba coches en la última jornada de su paseo, y en los baños de Manzanares los Adanes y las Evas de la Corte, fregados más de la arena que limpios del agua, decían el *Ite, río est*...

Este cuadro nos interesa particularmente porque corrobora la atracción poética que siempre ha tenido la "playa madrileña" en la literatura

(7) Cfr. la obra reciente de José Fradejas Lebrero, *Geografía literaria de la provincia de Madrid*, 1958, págs. 145-194.

española (8). Además, nos atrae poque coincide con la antigua seguidilla que decía:

Al pasar el arroio
de Manzanares
vi una junta de Euas
y otra de Adanes (9).

De esta descripción un poco jocosa y burlesca pasamos a otra de índole severa. Esta vez es Lázaro, de Juan de Luna, que nos habla de los alrededores de Madrid. Recorre Lázaro un itinerario largo y fatigoso desde Madrid a Valladolid: ciudades importantes de la España imperial. Pasa por El Escorial y de él anota impresiones de curioso pasante que, además de ofrecernos un panorama de historia e importancia política, nos comunican el sentimiento de la naturaleza de la meseta castellana:

> Pasé por El Escorial, edificio que muestra la grandeza del monarca que lo hacía (porque aún no estaba acabado), tal que se puede contar entre las maravillas del Mundo, aunque no se dirá de que la amenidad del sitio ha convidado a edificarle allí, por ser la tierra muy estéril y montañosa; pero sí la templanza del aire, que en verano lo es tanto, que con sólo ponerse a la sombra no enfada el calor, ni la frialdad ofende, siendo por extremo sano. *(Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes...* Cap. XI.)

La curiosidad por el paisaje castellano no existe casi nunca en la novela picaresca anterior a Juan de Luna, porque en este género narrativo el interés humano no parece coexistir con el sentimiento de la naturaleza. La emoción del paisaje pertenece más bien a los siglos XVIII y XIX. Es un aspecto romántico. A este Lázaro, de Juan de Luna, se le deben las primeras miradas curiosas sobre la meseta castellana (10).

Pero una descripción más extensa sobre la emoción del paisaje que,

(8) *Ibid.*, págs. 61-121.

(9) Citado por R. Foulché-Delbosc, "Seguidillas antiguas" en *Revue Hispanique*, 1901, págs. 309-331.

(10) Como ejemplo alusivo me refiero a las novelas picarescas anteriores a la *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes...* (1620) y no a la literatura de los siglos anteriores.

con justa razón, pudiera decirse la culminación del sentimiento de la naturaleza en el mapa biotopográfico de la novela picaresca, se observa en la impresión que disfruta Marcos de Obregón de Málaga:

> Saliendo de Málaga, me paré entre aquellos naranjos y limones, cuya fragancia de olor con gran suavidad conforta el corazón y púseme a mirar y considerar la excelencia de aquella población, que así por la influencia del cielo como por el sitio de la tierra, excede a todas las de Europa en aquella cantidad que su distrito abraza. (Libro I. Desc. XVIII.)

En esta descripción predomina el elogio enumerativo de las bellezas naturales de la región, algo pocas veces igualado en las novelas picarescas.

No menos explícita en las indicaciones sobre el paisaje es la siguiente descripción de Ronda por el mismo Marcos de Obregón, el cual no deja de poner también de relieve el caudal histórico que encierra dicha ciudad:

> Esta ciudad fue edificada de las ruinas de Munda, que agora llaman Ronda la vieja, ciudad donde tan apretado se vio César de los hijos de Pompeo, que confiesa él mismo que siempre peleó por vencer, y allí, por no ser vencido. Está edificada sobre un risco tan alto que yo doy fe que haciendo sol en la ciudad, en la profundidad, que está dentro de ella misma, entre dos peñas tajadas, estaba lloviendo en unos molinos y batanes que sirven a la ciudad, de donde subían los hombres mojados, y preguntándoles de qué, respondían que llovía muy bien entre los dos riscos que dividen la ciudad del arrabal. (Libro I. Desc. XX.)

En contraste con la graciosa descripción de Málaga, en la que Marcos destaca su capacidad realista para observar lo peculiar, el detallado matiz, el pormenor del paisaje, esta visión panorámica de Ronda nos da de pronto cierta rigidez, cierto aspecto de piedra, de riscos y de peñas. En seguida se opone lo flúido, lo húmedo y fresco de la lluvia. Y todo eso expresa Marcos en esta impresión sin términos despectivos o subvalorizadores de la antigua ciudad. Al contrario, a pesar del clima y del aspecto físico de la ciudad de su nacimiento, Marcos se enorgullece de ser de Ronda, nos habla de ella en la siguiente manera:

> ...Señor —respondí—, soy de Ronda, ciudad puesta sobre muy altos riscos y peñas tajadas, muy combatidas de ordinario de ponientes y levantes furiosos; de manera que si fueron los edificios como estos, se los llevaran tormentas. (Libro I. Desc. VIII.)

Otras veces sus impresiones poéticas del delicioso rincón nativo le recuerdan la plácida tranquilidad y las soledades remotas de la Sauceda:

> ...fuíme a la Sauceda de Ronda, donde hay lugares y soledades tan remotas, que puede un hombre vivir muchos años sin ser visto ni encontrado si él lo quiere. (Libro III. Desc-XVII.)

De esta apreciación poética pasamos a un elogio del famosísimo lugar de peregrinación frecuentado por muchos soldados españoles de tradición militar-religiosa, el santuario de Santiago de Compostela.

El Estebanillo González ha empezado de nuevo la narración de sus viajes a través de España para decirnos que ha llegado a esta maravillosa ciudad, llevado a ella solamente por el deseo de "comer a todas horas y para meditar sobre su consciencia" (11):

> ...traté de ponerme en figura de romero... por ir a ver a Santiago de Galicia, patrón de España, y por ver la patria de mis padres, y principalmente, por comer a todas horas y por no ayunar a todos tiempos.
>
> Llegamos a la ciudad de Santiago, que porque no me tengan por parte apasionada, por lo que tengo de gallego, me excuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar. Ajustamos nuestras conciencias, que bien anchas las habíamos traído. (Libro I. Cap. IV.)

Lástima que no nos describa la famosa catedral, los suntuosos edificios de la ciudad, las calles y las plazas, las iglesias y conventos, el concurso de gente de varias naciones que venían a visitar tan insigne ciudad, la

(11) Algo semejante a la frase citada lo expresa otra vez el Estebanillo con motivo de su llegada al Santuario de la Santa Casa de Loreto: "Visitaba una vez cada día este pedazo de cielo, e infinitas a un convento que está muy cercano, de padres capuchinos, por razón que me ponían bien con Cristo con lindas tazas de Jesús llenas de vino y con muy espléndida pitanza (Libro I. Cap. 1).

espléndida naturaleza en torno de sus prados verdes... De seguro que estas descripciones hubieran encantado al lector. Pero al Estebanillo le interesan los hombres y las costumbres, más que el paisaje. Penetra en la ciudad de Santiago de Compostela para extraviarse en la picardía. Pero esta es una observación marginal.

De Sevilla, patria de Murillo, Velázquez, Lope de Rueda, Herrera, Rioja, etc., nos da una nota de carácter social Berganza, el perro de pastores del *Coloquio de los perros* (1613). En su descripción de Sevilla, Berganza no se abstiene de expresar en estilo jugoso su entusiasmo respecto a tan insigne ciudad:

> Volvíme a Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados; que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes (12).

Su recuerdo de Sevilla coincide con los que nos proporciona Castilló. Solórzano en *La Garduña de Sevilla* (1642):

> ...Sevilla, ciudad insigne, metrópoli de la Andalucía, madre de nobles familias, patria de claros ingenios, erario de los tesoros que envían las Indias Occidentales a España. (Libro IV.)

También digno de notarse es la descripción que nos da de Sevilla el diablillo en *El diablo cojuelo*. Su recuerdo de la ciudad andaluza se presta muy particularmente a crear una impresión de belleza en que se funden arte y paisaje, reflejando uno de los rasgos más cautivadores de Sevilla:

> ...pasaron a Sevilla, cuya Giralda y torre tan celebrada se descubre desde la venta de Peromingo el Alto, tan hijo de vecino de los aires, que parece que se descalabra en las estrellas.
>
> Admiró mucho a don Cleofás el sitio de su ditalada población, y de la que hacen tantos diversos bajeles en el Guadalquivir, valla de cristal de Sevilla y de Triana, distinguiéndose de más cerca la hermosura de sus edificios, que parece que han muerto vírgenes y mártires, porque todos están

(12) Angel Valbuena y Prat, *op. cit.*, pág. 209.

> con palmas en las manos, que son las que se descuellan de sus peregrinos pensiles, entre tanto cidros, naranjos, limones, laureles y cipreses. (Tranco VII.)

Otra ciudad, casi tan importante como Sevilla, y con necesidad aun de ser lugar de relieve por ofrecer un sello y ambiente particularísimo, era Salamanca. De ella nos habla Marcos de Obregón. Aunque su descripción sea corta, trasluce la común opinión que siempre se ha tenido de dicha ciudad:

> ...llegamos a Salamanca, donde la grandeza de aquella Universidad hizo que me olvidase de todo. (Libro I. Des. XII.)

Lo que le interesa y absorbe su atención no es el detallado matiz, el pormenor de las cosas que observa en la ciudad, sino la fama de Salamanca, su importancia cultural, la grandeza de su Universidad.

Particularmente notables en las novelas picarescas son las impresiones de Toledo, insigne patria de Garcilaso de la Vega; famosa por su arzobispado primado de España, su catedral gótica, sus escuelas de artes, sus tesoros artísticos e históricos, sus fábricas de armas, ya célebres cuando llegaron a España los romanos; sus buenos vinos y comidas. Por eso las impresiones toledanas son muy frecuentes en las novelas picarescas (13).

A Toledo le dedica un recuerdo sabroso y divertido Lázaro, de Juan de Luna, el cual pone de relieve, con muy buenas intenciones, la abundancia de la ciudad y sus excelentes vinos:

> Acordábame de la abundancia de Toledo y de mis amigos alemanes, y de aquel buen vino que solía pregonar. (Cap. V.)

También Alonso J. de Salas Barbadillo en *La hija de Celestina* (1612) nos habla de Toledo. En su elogio de Toledo, el autor madrileño hace verdadera ostentación de su erudición histórica, así como de su conocimiento del ambiente y del carácter de los ciudadanos:

(13) Después de Madrid y Sevilla, Toledo es la ciudad más mencionada en las novelas picarescas. Véase Angel Valbuena y Prat, *op. cit.*, págs. 96, 116, 121, 125, 153, 154, 176, 322, 324, 325, 327, 328, 330, 361, 393, 709, 867, 882, 885, 893, 960, 961, 993, 1.101, 1.102, 1.205, 1.206, 1.215, 1.217, 1.401, 1.402, 1.618, 1.639, 1.640 y 1.740.

> A la imperial Toledo, gloriosa y antigua ciudad de España, tan gloriosa que la reina a quien hacen corte los serafines la ennobleció con visitalla, dejando por testigo la piedra donde puso sus plantas —a quien la fe y piadosa religión de sus católicos ciudadanos devotamente reverencia—, y tan antigua que la soberbia del romano Imperio no la juzgó indigna de ser asiento de su silla las veces que sus príncipes vinieron a España. (Cap. I.)

¿Qué representa Toledo en esta imagen? Otra ciudad de España, eso es todo. Y el autor se siente orgulloso de ser un español del poderoso Imperio, cuya grandeza se trasluce en sus elogios a las ciudades de España (14).

En contraste con esta descripción hiperbólica de Toledo, Castillo Solórzano, más mordaz y cáustico que Salas Barbadillo, aunque considere Toledo ciudad de cierta importancia, no la considera tan importante como Sevilla por razón de que los forasteros son inmediatamente notados:

> Aunque Toledo es gran ciudad, no lo es tanto como Sevilla, y así cualquier forastero que a ella viene es notado. (Cap. XVIII.)

Pero no así el Estebanillo González que, hiperbólicamente, la considera:

> ...centro de la discreción y oficina de esplendores. (Libro I, Cap. IV.)

De Toledo nos da también algunas noticias Miguel de Cervantes en *La ilustre fregona*, el cual al describir duramente a los pícaros, con adjetivos desvalorativos, menciona una de las plazas más pintorescas de Toledo para tan ínfimo oficio:

> ¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Zocodover y de la plaza de Madrid (15).

(14) Hay otro elogio de Toledo por el mismo autor en su divertida obra: *El curioso y sabio Alejandro, fiscal y juez de vidas ajenas*. Aquí nos dice el ilustre madrileño de Toledo: "gran princesa de las ciudades del orbe", y de sus mujeres, con algún color retórico, dice que "hieren con el pico y con los ojos: tanto son agudas, tanto hermosas". Citado por Angel Valbuena y Prat, *op. cit.*, pág. 882.

(15) Angel Valbuena y Prat, *op. cit.*, pág. 150.

¡Parece como si Murillo hubiese pintado esta descripción para ilustrar un cuadro picaresco!

Pero en la Plaza de Zocodover no sólo andan pícaros sucios y hambrientos. Oigamos lo que nos dice el pícaro Guzmán de esta misma plaz:

> Al pasar por Zocodover... veo atravesar de camino en una mula un gentilhombre para la Corte, tan bien aderezado que me dejó envidioso. (Parte I. Libro II. Cap. VIII.)

De lo cual se hace eco también *El donado hablador*, de J. Alcalá Yáñez:

> Entré en la plaza de Zocodover, teatro un tiempo de galanes andaluces, descendientes de Agar, y ya por la misericordia de Dios, de fieles cristianos. Anduve de una calle en otra embelesado, mirando la riqueza de los mercaderes, sus grandiosas tiendas, su proceder y trato tan honrado y noble. (Parte I. Cap. IV.)

Dentro de este marco pictórico e hiperbólico, que tanta aceptación tiene en las novelas picarescas, no podían faltar algunas descripciones de Valencia. Una es la que nos ofrece Alonso, en *El donado hablador*. Su descripción de Valencia, a pesar de carecer algo de justeza y de elevación poética, pone de relieve algunos rasgos de virtud que siempre han sido inherentes a los valencianos:

> Es Valencia tierra de grande caridad y de grandes limosnas, virtud que destierra la ira y enojo de Dios para no castigar los pecados y delitos que en aquel reino se cometen. (Parte I. Cap. VII.)

Otra, de tendencia hiperbólica, es la que Castillo Solórzano pone en boca del fingido "Jaime Pertusa" en *La garduña de Sevilla*, cuando el viejo galán está casi listo a pedir la mano de Rufina:

> Mi patria, hermosa señora, es Valencia, ciudad de las más nobles de España, como os lo habrá dicho la fama que della corre siempre, pues con ella las gana a muchas ciudades en lo noble, en lo rico y en lo afable de su clima y amenidad de sus campiñas. (Libro IV.)

Y no le basta elogiar calurosamente Valencia con frases de hiperbólica exaltación. Quiere plasmar emotivamente su descripción exaltando, el mismo tiempo, la naturaleza del lugar, algo bien conocido.

Pero donde más atractiva y espléndida aparece Valencia, es en las ceremonias religiosas. Nos hace mención de una de ellas, con grandilocuencia y énfasis, el Guzmanillo, el héroe de Mateo Luján de Sayavedra *(Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache)*. Lo que hace resaltar de Valencia, con trazos realistas, es una misa en la catedral en honor de doña Margarita de Austria (1584-1611), con motivo de su llegada a dicha ciudad. La descripción de las funciones religiosas, vistas desde el interior de la catedral, logra trasmitir, con una eficacia poco común, en la prosa de las novelas picarescas, un cuadro que refleja una amplia nota de grandeza histórica y de belleza costumbrista suntuosamente decorativo:

> ...llegó la Majestad de la reina a la dicha puerta de la iglesia a las dos de la tarde, y apeó de la hacanea ayudada de la duquesa de Gandía, su camarera mayor, y de don Juan Idiáquez, su caballerizo mayor; y allí fue recebida del patriarca, arzobispo de Valencia, que, vestido de pontifical, con una hermosa cruz de reliquias en las manos, acompañado de las dignidades y canónigos de su iglesia, todos con capas, la estaban aguardando. Y así, en procesión, mientras los cantores iban cantando la antífona *ista est pretiosa*, etcétera, subieron al cadahalso, y el patriarca y su capítulo llegaron hasta el altar mayor; y la reina, la archiduquesa su madre y el serenísimo archiduque se arrodillaron en el primer estrado que dijimos ser capaz para tres, y detrás inmediatamente se pusieron muchas señoras y damas de la reina, infanta y archiduquesa, cercadas por todas partes de los caballeros que habían acompañado a la Majestad de la reina. (Parte II. Libro III. Cap. X.)

Otra impresión interesante con motivo de aludir a una de las más famosas iglesias de España, pero con menos decoro descriptivo de la que nos presenta el Guzmanillo, la escuchamos por boca del Guzmán de Alfarache. Al hablar de Zaragoza, ciudad famosa, sobre todo por sus monumentos notables, el Guzmán menciona, en un tono bastante hiperbólico, la iglesia de Nuestra Señora del Pilar:

> Levantéme satisfecho y deseoso. Fuíme a misa, visité la imagen de Nuestra Señora del Pilar, que es una devoción de las mayores que hoy tiene la cristiandad. (Parte II. Libro III. Cap. II.)

De todo lo cual se hace eco también Lázaro, de Juan de Luna, al referirse a la Torre del Reloj, torre antigua de Zaragoza casi tan inclinada como la de Pisa:

> ...con que me dejó magullado como si hubiera caído sobre mí la Torre de Zaragoza. *(Op. cit.*, Cap. IX.)

De Zaragoza nos habla también Marcos de Obregón, pero pocas son las noticias que nos da de tan ilustre ciudad. Su exploración ciudadana se refiere, en suma, a la afabilidad y el buen tratamiento de los zaragozanos hacia los forasteros:

> Y en llegando a Zaragoza, ciudad y cabeza del antiguo reino de Aragón, que entonces tenía no tan buena fama como mereciera, hallé tantos amigos y tan buenos, que más parecí natural que forastero en el amor que me tenían (Libro I. Desc. XXII.)

Impresión a que parece aludir también Alonso en *El donado hablador*, al referirse a las casas de huéspedes:

> ...me fui a buscar una posada, que en Zaragoza las hay muchas y buenas. (Parte II. Cap. V.)

Con esta impresión de Zaragoza damos por concluido lo relativo a las ciudades españolas en las novelas picarescas de la época barroca que hemos ido enumerando por orden alfabético.

Todas estas impresiones y descripciones, aunque aparentemente separadas unas de otras, la primera determina la segunda, la tercera aclara la primera y la segunda; mientras reflejan el esfuerzo de la memoria, que busca dentro de sí misma y las enlaza poco a poco, dejan la impresión de experiencias personales que ignoran la desesperación ética y social y la malevolencia solitaria y obstinada que domina el *tono* de muchas novelas picarescas.

Estas ciudades que hemos asociado, en sucesivos enfoques, son más que suficientes para indicar que los autores de las novelas picarescas, tan atraídos por los problemas de la realidad cotidiana, por el carácter nacional y resultado de circunstancias históricas, se inclinaban a situar tales problemas dentro de ciudades específicas para después descubrir en ellas los *escenarios núcleos* en que se reflejaba su propia vida y, por consiguiente, las de sus criaturas novelísticas. Podría hablarse de una ambigüedad autobiográfica entre los creadores y las criaturas de las novelas picarescas. Pero esta es una observación que sólo podemos apuntar por el momento.

Si reflexionamos en todo lo anterior e interpretamos bien lo que estas impresiones y descripciones significan, convendremos en que, contra lo que pueda parecer, representan, desde un punto de vista técnico-novelístico, un aspecto intrínseco estructural de las novelas picarescas. Dicho *grosso modo*, las descripciones e impresiones de las ciudades son un indispensable auxiliar de la técnica novelística de las novelas picarescas, empleada por los autores para hacer resaltar el *escenario* en que se mueven sus *criaturas*, y no un motivo caprichoso o un reflejo multicolor de las corrientes literarias de tradición medieval o renacentista. Son un elemento indispensable que, a causa del carácter centrífugo de la época barroca, llega a ser un aspecto estructural de las novelas picarescas. En esto descubrimos un método literario y artístico que hace posible la inteligibilidad entre el valor estructural y pictórico que tienen las descripciones e impresiones de las ciudades españolas (como en general las europeas) en las novelas picarescas.

Illinois State University

JOSEPH L. LAURENTI